

diendo trabajar con las manos ni transcribir libros á causa de su avanzada edad, creyó que debía consagrarse á ejercitar la caridad para con los hermanos, segun que le era posible. Así que hacía venir de Alejandria todo cuanto podía comprar para su consuelo, y no dejaba ningun dia de visitarles desde muy de mañana hasta la hora de nona yendo de celda en celda para ver si alguno estaba enfermo y de qué tenía necesidad. Llevábales pasas, granadas y otros lenitivos. Perseveró en esta excelente obra, aun cuando tenía mucha edad, hasta el fin de sus dias y, estando próximo á la muerte, dejó un imitador de su caridad, á quien suplicó muy encarecidamente que continuase el mismo oficio. Esto fué un gran recurso para los pobres solitarios, los cuales, en un pais tan desierto, tenían grandísima necesidad de él, puesto que no bajaban de cinco mil.

Santiago <sup>1</sup> el Cojo, del cual dijimos arriba una palabra, moraba con Crone, y había conocido como él á San Antonio, lo cual segun parece había desde entonces formado entre ellos una particular union. Paladio le vió despues del año 391. Dice de él que era muy esclarecido en la ciencia de los Santos. Parece que no hay que confundirle con Santiago, ecónomo de un monasterio en Arabia. Refiérense algunas sentencias del abad Santiago ó Jacob. Decía que cuando se nos alaba, debemos humillarnos interiormente pensando en los pecados que hemos cometido, y comprender por ahí que no merecemos que se nos dé alabanza alguna. Decía tambien que el temor del Señor hace en nues-

<sup>1</sup> Hubo muchos solitarios que tenían por nombre Santiago. Bulteau parece atribuir á otro de este nombre las sentencias que acabamos de referir; pero él confiesa que ignora el lugar en donde vivió. Llama Jacob al que vivía con Crone. Hubo también otro Santiago mucho más reciente, que moraba en el desierto de las Celdas. Otro, ermitaño en Palestina, el cual, despues de haber vivido santamente, tuvo la desgracia de tener una gran caída y se levantó con la penitencia. Otro, discípulo de San Maron, en Siria, y otro recluso en Mesopotamia.

tro corazón lo que una lámpara que se lleva á un lugar oscuro. Él le esclarece por sí misma y le ilumina para practicar todas las virtudes y ser fiel á la ley de Dios. No basta, decía él, decir hermosas palabras para santificarse; los hombres de hoy dia son fecundos en palabras; pero tambien se necesitan obras. He ahí lo que Dios pide de nosotros, y no solamente palabras que no estén seguidas de algun fruto <sup>1</sup>.

Benjamin fué un modelo perfecto de paciencia en una larga y dolorosa enfermedad con que Dios le probó. Había hecho muy grandes progresos en las virtudes religiosas y Dios le concedió el don de curar toda clase de enfermos, lo cual hacía imponiéndoles las manos ó dándoles aceite, que él había bendecido. Ocho meses antes de su muerte se puso hidrópico, y su cuerpo se hinchó tan prodigiosamente, segun refiere Paladio, que habla de ello como testigo ocular, que apenas se podía encerrar su dedo meñique con las dos manos. A causa de esto viéronse obligados á construirle una celda más espaciosa en la que sin embargo no podía estar echado, y despues de su muerte no se pudo sacar de ella su cuerpo sin arrancar antes el umbral de la puerta y los goznes de la misma. Sus dolores eran tan agudos y su resignacion tan perfecta, que los solitarios le miraban como el Job de su siglo. De este modo le llamaba el sacerdote

<sup>1</sup> Aquí sería lugar de hablar de Ammone, Dióscoro, Eusebio, y Eutimio hermanos, y llamados los grandes hermanos á causa de su talla. Fueron discípulos de San Pambon y habitantes del desierto de Nitria. Se les acusa de Origenismo, y este punto de historia está muy embrollado. Nada diremos aquí de ellos, no habiéndonos propuesto hacer una obra de crítica sino solo edificar. Por lo demás, la falta de los *grandes hermanos*, cualquiera que sea, no puede redundar en su maestro San Pambon, como lo hacen notar muy bien los continuadores de Bolando. Este gran Santo estuvo siempre exento de la menor sospecha en materia de doctrina.

Mencionemos tambien entre los solitarios más venerables del desierto de Nitria, amigos ó discípulos de San Pambon, á Payson y Heraclides.

de Nitria, llevando allí á Paladio para edificarle con la vista de sus sufrimientos y la dulzura de espíritu con que los sufría. La compasion que segun dice este esperimentó al verle historiador, no le permitió mirarle fijamente. Al instante apartó de él los ojos; de lo cual habiéndose apercebido Benjamin, le dijo, como tambien á los que con él estaban: « Rogad á Dios por mí, hijos míos, á fin de que mi hombre interior no sea hidrópico; porque en cuanto á este cuerpo, no me ha servido de nada cuando ha estado sano, y no me perjudica ahora que está enfermo. » Lo que todavía es más notable, añade Paladio, es que continuaba en aquel estado curando milagrosamente á los demás enfermos. Habiéndole Dios concedido este don maravilloso para hacerle practicar la caridad para con el prójimo, dejábale en aquel estado de dolor para enriquecerle de méritos por el ejercicio de la paciencia. Pasó ochenta años, dice el mismo autor, en una vida irreprochable y completamente santa. Su muerte debió de tener lugar en 392 ó 393.

De San Nilo hemos recibido la historia del solitario Albien, del cual hizo un gran elogio. Verdad es que Paladio habla de un Albin al cual había visto en Nitria y en las Celdas. Dice que fué con él á ver á Pafnucio, por sobrenombre Céfalos, y á visitar el desierto de Sceté. Dice tambien que este Albin fué con Evagrio y Ammonio á ver á San Juan de Licople. Cuéntase asimismo del mismo Albin que, estando Evagrio bajo el peso de una violenta tentacion fué á descubrirsela porque tenía mucha confianza en sus luces, y que recibió de él el consejo de no morar solo. Esto es todo lo que se encuentra de este Albin en la *Recollecion de las Vidas y de las palabras notables de los Padres de los desiertos*; pero no es cierto que sea este el mismo que Albien de quien vamos á hablar.

Era este de Ancira en Galacia. Sirvió fielmente á Dios desde que fué capaz de conocerle. Como tenía un rostro

muy hermoso, agradó demasiado, contra su voluntad, á algunas personas, que trataron de seducirle; pero Dios le concedió la gracia de escaparse de sus lazos.

Esta entereza de costumbres y su conducta regular le conciliaron la estima de los eclesiásticos de Anira, hasta el punto que le instaron mucho á que se hiciese clérigo, y hasta á que se ordenase de sacerdote<sup>1</sup>, aun cuando no tuviese la edad prescrita por los cánones. Negóse á esto con todas sus fuerzas; y si realmente fué ordenado, lo cual no está fundado, es seguro que no quiso encargarse de la cura de almas, y que prefirió abrazar la vida monástica.

Al principio pensó hacerse anacoreta; pero considerando que no era prudente emprender este estado sin haberse antes ejercitado en la práctica de la obediencia, segun el uso establecido por los solitarios, entró en una comunidad de fervorosos religiosos que estaba gobernada por el abad Leoncio.

Este abad, dice San Nilo, era un santo personage, todavía más adelantado en la perfeccion que los que vivian solos en el desierto. Juntaba la accion á la contemplacion, y sobresalía en una y otra. Pero sobre todo había recibido de Dios un talento maravilloso para formar los novicios en los deberes de la vida religiosa. Tal era el abad Leoncio, bajo el cual Albien aprendió los elementos de la religion. No se sabe si este era Leoncio sacerdote, y despues obispo de Ancira, ú otro del mismo nombre que vivía en aquel tiempo; pero Albien recibió de él grandes auxilios para su aprovechamiento espiritual. Fuese en seguida á Jerusalem á visitar los santos Lugares y á los solitarios que florecian por aquellas regiones; y sus buenos ejemplos, juntos á las saludables instrucciones que de ellos recibió, contribuyeron igualmente á que hiciese nuevos progresos en la perfeccion

<sup>1</sup> Albin de quien habla Paladio era diácono.

de su estado. Finalmente se retiró á la montaña de Nitria, en donde fijó su morada por el resto de sus dias.

Allí fué donde con un ardor completamente nuevo emprendió la obra de su perfeccion como si no hubiese hecho más que comenzar. Su principal cuidado fué vivir desconocido de los hombres; y aun cuando hubiese adquirido grandes conocimientos en la ciencia de los santos bajo su primer superior y los solitarios de la Palestina, sometióse con la docilidad de un jóven novicio á la direccion de los ancianos que encontró en el desierto de Nitria, y ocultó cuanto pudo el rango que tenía entre los clérigos, para ejercitarse con menos obstáculos en la dependencia y humillacion.

Concretóse totalmente al cuidado de su salvacion, y para esto apartó cuanto pudo de su espíritu el recuerdo del mundo, no hablando jamás de él ni queriendo que se le hablase del mismo; así que todas sus conversaciones versaban sobre cosas útiles al alma. Su vida era un continuo ejercicio de oracion, mortificacion y trabajo. Pasaba la mayor parte del dia y de la noche en meditar ó cantar salmos; no vivía más que de pan y agua; dormía sobre un saco de piel de cabra; ganábase el pan con el trabajo de sus manos, y decía á este propósito que el que subsiste por la liberalidad de los demás es menos libre para dar consejos, y algunas veces es tentado á callar la verdad á los que le hacen bien, por temor de disgustarles.

La pobreza que practicaba era de las más rigurosas. No solamente no manejaba dinero sino que ni siquiera lo conocía. No llevaba zapatos ni sandalias; ni tuvo jamás otro hábito que el que había traído al entrar en el desierto de Nitria. Finalmente todos sus muebles consistian en un solo libro que leía de tiempo en tiempo para su instruccion. Así que, decía él, que el vivir en una entera pobreza era ser rey, y que obrando así se libraba uno de las vanas sollicitu-

des y de los devoradores disgustos que ocasionan las riquezas.

He ahí cuál fué la conducta de este admirable solitario, mirando la vida presente como un sueño en el que se es dichoso ó infeliz más por imaginacion que en realidad, y procurando con esfuerzos diarios hacerse digno de los bienes de la vida futura, que son los únicos sólidos y permanentes, y que no hay temor de que se pierdan como los de acá abajo.

Como ya dijimos, los religiosos de los desiertos de Nitria seguian generalmente la regla dada por San Macario de Alejandria. Una parte de esta regla nos ha llegado en la coleccion de San Benito de Aniano. Los primeros artículos encierran recomendaciones generales de la práctica de las virtudes, á la cabeza de las cuales se pone el gran precepto del amor de Dios. Vienen en seguida prescripciones de detalles. Siendo estas prescripciones idénticas á las que contienen las reglas dadas por los demás patriarcas del desierto, creémos inútil detenernos en ellas.

Encuétrase en la misma coleccion una carta de San Macario á sus religiosos. Reproducimos algunas lineas de ella que ofrecen particular interés á causa de las precauciones que el Santo toma para impedir á sus discípulos, de los cuales los menos zelosos vivian de yerbas sazonadas con un poco de aceite, que cediesen á la golosina.

Despues de haber hablado de los funestos efectos de este vicio en los que se dejan dominar de él, añade: « De la misma manera que cuanto más leña se pone al fuego, más aumentan sus llamas, así tambien cuanto más se carga el estómago de manjares, más se excita la concupiscencia. La gula es la madre que la alimenta. Aun cuando la hubiésemos adormecido con la mortificacion, se despertaría muy pronto siguiendo á esta. Nada hay tan peligroso como la gula y desobediencia: una y otra, producen la muerte del

alma. ¡ Cuánta diferencia hay entre un religioso dominado por la destemplanza y otro que practique la sobriedad ! Teniendo este el estómago libre, se eleva sin pena á Dios en el fervor de su oracion. El otro, por el contrario, pesado á causa del exceso de comida, se duerme cuando hay que orar. El religioso sugeto á la gula no suspira más que por la mesa. El que es sobrio solo ambiciona la pureza del corazon. El religioso goloso es semejante á un soldado flojo y tímido, que tiembla cuando la trompeta le llama al combate. No puede oír que le hablen de ayuno y abstinencia. »

San Macario habla en seguida de la castidad y obediencia, y termina diciendo que la gloria de un monge está en sufrir con resignacion la tribulacion, en no desear nada de las cosas presentes, y en amar á Dios con todo su corazon y al prójimo como á sí mismo.

---

## PERSECUCION DE LOS SOLITARIOS DE NITRIA

BAJO EL EMPERADOR VALENTE

Traemos aquí la historia de la persecucion que los solitarios sufrieron por parte de los arrianos, bajo el emperador Valente, porque ella se dejó sentir más en el desierto de Nitria que en los desiertos vecinos. Habiendo muerto San Atanasio (373), los católicos le dieron por sucesor á un sacerdote de santa vida y de una fe á toda prueba, llamado Pedro, que él mismo les había designado antes de morir. Pero los arrianos que gozaban de todo el favor del emperador, no le dejaron allí mucho tiempo. Euzoius,

obispo arriano de Antioquía, fué al instante á Alejandria con órdenes del príncipe á Paladio, gobernador de la provincia é idólatra, para colocar en la silla patriarcal á un cierto Lucio, hombre corrompido hasta el fondo del alma y apasionado arriano.

Así que Pedro, el obispo legítimo, se vió obligado á ceder á la fuerza y se retiró á Roma, como el puerto de la comunión católica.

La intrusion de Lucio en aquella capital de Egipto se hizo de una manera digna de la detestable secta de la que era uno de los más poderosos fautores. En lugar de los obispos, sacerdotes y diáconos que debían asistir á ella ; en lugar de los monjes y del pueblo fiel que segun costumbre habían de cantar en la misma himnos sagrados, viósele escoltado por soldados bajo las órdenes del conde Magnus, superintendente de hacienda, el mismo que, bajo Juliano el Apóstata, había quemado la iglesia de Beryte, y su pompa fué tambien honrada por los paganos, que no le reconocían menos por enemigo de Jesucristo, de lo que ellos lo eran.

Apenas estuvo en la ciudad, cuando cometió contra los católicos todos los excesos de que se sabe que es capaz la heregía, cuando puede seguir libremente los trasportes de su furor. No perdonó las iglesias ni al clero, ni á las sagradas vírgenes. No tuvo miramiento á la edad ni á la debilidad del sexo ; todo se resintió de su crueldad. Era poco el encarcelar á los católicos ; renováronse contra ellos los tormentos que los emperadores paganos habían empleado en las precedentes persecuciones. Rasgóse á unos con peines de hierro y con corregüelas de cuero ; quemóse á otros con antorchas encendidas ; otros fueron arrojados á las bestias salvages ; degollóse á vírgenes ; sujetóse á niños al tormento del cual murieron, y se expusieron en seguida sus cuerpos para ser devorados por las